

las puertas del cielo. Estas y otras muchas sentencias de consolación pronunciaron los labios divinos de Cristo, suficientes para convencer-nos de que existe una vida ultraterrena de eterna felicidad; mas no resisto al deseo de proponeros un pasaje evangélico, quizá un tanto desconocido para vosotros, pero que por lo mismo puede llamar aún más vuestra atención. Nos cuenta el Evangelio de San Marcos (12, 18 ss.) que en cierta ocasión se le acercó al Maestro un grupo de Saduceos para tentarle. Estos judíos, de creencias un tanto extravagantes, observaban algunos preceptos de la ley de Moisés, mas rechazaban torpemente el dogma de la resurrección de los muertos. Para confundir al Señor, le propusieron la siguiente objeción: "Maestro, le dijeron: Moisés dejó escrito en la ley que si un hombre muere sin dejar descendencia, su hermano ha de desposarse con la viuda. Sucedió, pues que, hubo en cierta ocasión siete hermanos, el mayor de los cuales, habiendo tomado por esposa a cierta judía, murió sin dejar sucesión. El segundo hermano se casó entonces con ella, pero falleció también sin hijos; y lo propio aconteció a los restantes; hasta que finalmente murió también la viuda. Si es que existe la resurrección de los muertos, ¿con cuál de ellos ha de resultar casada dicha mujer, puesto que legítimamente fue esposa de todos? Entonces el Señor les respondió con divina sencillez: "Cómo andáis errados al no comprender las Escrituras y la virtud de Dios. Cuando los hombres resuciten, no tomarán esposas, sino que serán como los ángeles del cielo. ¿No habéis leído en los libros de Moisés que Dios se llama a Sí mismo el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Pues el Señor no es Dios de muertos sino de vivos".

Dentro de breves instantes oiréis las siguientes palabras en el prefacio de la Misa de los difuntos: "La vida, Señor, para tus hijos no se acaba sino que se muda en otra mejor, y una vez disuelta la morada de la tierra, se alcanza una habitación en los Cielos".

Ha dispuesto Nuestro Señor que el hombre tenga dos etapas en su existencia: la de la tierra, que es de prueba, de trabajo y también de merecimientos; y la del cielo, que es de descanso, de felicidad y de recompensa. El dogma bendito de la Comunión de los Santos es no sólo una verdad de fe revelada, que hemos de profesar bajo grave obligación, sino también un consuelo infinito para el alma. Según él, hay una real comunicación de bienes espirituales entre los diferentes miembros de una sola Iglesia; hay una unión sobrenatural en este hogar de las almas, donde Dios es el único Padre y los hombres, hermanos entre sí. Los de acá abajo sufrimos y rogamos; los de allá arriba, nuestros hermanos mayores, gozan de Dios, pero al propio tiempo oyen nuestras súplicas e interceden sin cesar por nosotros.

Os invito ahora a transportaros en espíritu ante el acatamiento de Dios, con humildad y veneración. La fe nos muestra una multitud de bienaventurados que rodean su trono; dicha inefable los penetra y los inunda. El oído humano no oyó nunca, ni el ojo vio jamás la recompensa que Dios tiene preparada a sus hijos. El esfuerzo de la inteligencia jamás podrá descubrir siquiera vagamente la sobrenatural hermosura del Reino de los Cielos.

HOMENAJE A MONSEÑOR JOSE VICENTE CASTRO SILVA

**Discurso del doctor Jorge Echeverri Herrera en el
Sepelio de Monseñor José Vicente Castro Silva.**

Este noble maestro de la virtud y la sapiencia que acaba de trasponer el umbral de la muerte fue quizás el último patricio nuestro que aplicó el esplendor de sus talentos a la conquista plena de la sabiduría. Su expiración traza, con afecto, una línea divisoria entre un modo de pensar con linaje, que era el suyo, y otro estilo dañoso e insalubre que viene del contorno del pensamiento nuevo.

La frágil estructura de su cuerpo yacente y silencioso fue el estuche de un alma pura y diáfana consagrada a Dios con unción, con arrebato, con piedad y con mística y éxtasis. Esa mudez imperturbable que le ha impuesto su muerte, contrasta con la sonoridad del verbo que era en él principio, que nimba nuestras aulas y que continuará constelando el destino del Colegio.

Gallarda personalidad la del ínclito maestro, en la que se conjugaban lo natural y lo sorprendente, el fondo y la forma, la capacidad y el genio, el temple y el humor, la complexión y la fina manera, la voluntad exigente y la comprensión más que paterna. Sugería esas banderas marineras rígidas en su mástil, pero abiertas al viento, fiadoras de la nave, mesenas de sus hombres, justas aquí, pero desplegadas al ámbito infinito.

La conmoción que produce su partida no permite expresar en este instante lo que ella significa. El desabrigo en que nos deja a todos los que tuvimos ocasión de seguir sus lecciones omniscientes, apenas autorizará con el tránsito del tiempo la medición del peso de su ausencia. Pesadumbre que será mitigada solamente, como él lo habría querido, cuando un hombre vecino de su alma, próximo a su carácter y a su sabiduría, garantice la marcha continuada del Claustro sobre el claro sendero que le dejó en legado.

Porque aquellos atributos de que hicimos mención, como dones de la personalidad del maestro, revelan la calidad cimera que le sirvió de plinto; fue un hombre. Un hombre que entendió la cultura como universo inagotable, como horizonte nunca recortado al amaño subjetivo, como estado abierto a los más profundos escrutinios de la mente, sin trasunto político o sofís-

tico, y cuyo corazón, como lo proclama el Obispo de Hipona, estaba permanentemente inquieto hasta tanto lograra descansar en la verdad.

A ese factor se ha debido el destello viejo y nuevo del Colegio, y como es misión de este proyectarse en los tiempos venturos con la misma apostura e idéntico valor tradicionales, queremos los antiguos y los actuales alumnos del Rosario que el relevo de guarda se efectúe con el mayor hierático respeto a la memoria del cruzado insigne que estamos despidiendo.

Su obra, en verdad, está plasmada en esta Universidad. Vigilante por siglos del discurrir patriótico. Por aquí ha corrido el efluvio de la historia; por aquí han transitado los mejores varones de Colombia; el hilo de los tiempos ha tejido aquí los minutos estelares de nuestra república; aquí se originó nuestra cultura, nuestro carácter, nuestra bizarria; aquí se confeccionó la bandera de nuestra soberanía. Aquí se forjó por primera vez el orgullo de vivir para servir.

Monseñor Castro Silva depuró aún más la fascinante tradición del Claustro. Como era la quintaesencia de las más puras tradiciones ideales, realmente personificaba el prestigio ambicionable para el colegio, no solo en el marco nacional sino allende las fronteras. Ese celo de siempre porque la jerarquía esté representada en un alto valor de la moral y de la inteligencia exige nuevamente un examen riguroso del sucesor acorde con el silente símbolo que nos vigila en Cristo.

Porque él es el espíritu y lo fue a todo trance. Defendía los principios, la esencia, la substancia, el raciocinio, la moral, la conciencia, la potencia, las dotes y los dones de la persona humana. Esta prevelece, a su juicio, como soplo de Dios, sobre la heterodoxia arbitraria, sobre el materialismo, sobre el positivismo, sobre el existencialismo incrédulo; en fin, sobre todas las tesis y las cosas que se ha ideado el hombre en su extravío de Dios.

Humanista de la mejor estirpe, contrastaba esbeltamente con los simuladores de cultura que hoy hormigean y exceden. La bella y fina prosa que nos dejó en sus páginas, siempre será una mágica y alucinante fuerza centrípeta hacia el refinamiento. Su claro discurrir por la prosodia, por la gramática, por la filosofía, por la historia, por la crítica, por el embeleso del arte, apenas si admite paralelo en su magistral y profundo dominio teologal y canónico. Parecía la compactación de dos bloques de mármol en donde resplandecieran San Pablo y Goethe, alternativamente.

La maravillosa curiosidad de su mente lo condujo al aprendizaje consciente de las más variadas lenguas. Para él no había misterio en los aconteceres de la Grecia Antigua, ni en el tránsito del paganismo al cristianismo, ni en las parábolas de la historia romana, ni en las culturas del Islam, o de Egipto o de la India.

No quiere decir esto, sin embargo, que su mirada inquisidora se embriagase tan solo en las profundidades del pretérito. El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario da testimonio de su preocupación casi obsesiva por los temas que atañen a la vida moderna: la economía, las especializaciones jurídicas, la medicina, la administración, las finanzas, por ejemplo. Personificó en cierto modo “El Prólogo del Quijote”, pero pudo decir igualmente con Cervantes que “el hombre es hijo de sus propias obras”.

¿Cómo no hablar del sacerdote, del apóstol, del medianero entre la juventud y los secretos más hondos que él dominaba religiosamente? Porque dentro de su vasta y polifacética misión fue la del sacerdocio, sin lugar a dudas, la de mayor excelstitud. Esa tarea supone entre otras cosas liberar al hombre de los tremendos riesgos que afronta la cara al infinito y en medio del poder que el infinito esconde. Una vida de ascetismo del espíritu, que discurrió entre el Claustro y la Catedral, más allá de la vida, en profesión constante de conciencia, en medio de la naturaleza colmada de Dios, tiene que iluminar para siempre a sus discípulos, a sus amigos, al plantel que él enalteció como ninguno, a los niños y a los adolescentes que lo oyeron, a sus compañeros de desvelo y de luchas y a la Iglesia Católica de la que fue su Príncipe.

Ilustrísimo Rector, Monseñor José Vicente Castro Silva: Esta luctuosa y mustia comparecencia de vuestros hijos rosaristas a la última cita con vuestra figura venerable constituye el trance más arduo que se nos haya señalado. Desconcertados ante el pensamiento de Platón, quien definía la muerte como “el hecho de que el cuerpo distanciado del alma se halla reducido a sí mismo y el alma divorciada del cuerpo está en sí misma”, añoramos con turbación y angustia la hermosa unidad físico-espiritual que se ha roto, la palabra elocuente y persuasiva, la frente coronada por su propio destello, la mano amable y fuerte que muchas veces colocasteis en nuestro corazón como el broquel de Calatrava, los penetrantes ojos paternales que hablaban en silencio.

Pero como al decir de la Escritura, “el amor es más fuerte que la muerte”, sabemos Ilustrísimo señor Rector que en el periplo que habías emprendido, esa luz será nuestra guía y verterá sobre todos vuestros fieles soldados la abundancia generosa que deparasteis en vuestro tránsito terreno.

Que el Creador a quien disteis todos vuestros momentos, brinde a vuestra alma su asistencia sin término. Y que, para mayor inmensidad y gloria, os reserve sitio de resplandores a la diestra de su divina Madre, Nuestra Señora del Rosario, quien cubrirá con su manto bordadito vuestro sereno cuerpo en su oratorio.